

Experiencia personal desde el tema de género

Gracias por invitarme, yo quisiera decir algo al inicio, acá hay unas compañeras del Diplomado de Género y Teología del CEDM, trabajamos juntas. Lo que voy a compartir son reflexiones que se generaron en el mismo proceso del Diplomado desde surgieron grandes descubrimientos. También quiero agregar que lo hago pensando en una teóloga española que a mí me gusta mucho, Mercedes Navarro.

El sentido de este encuentro es hablar del quehacer teológico de las mujeres, desearía expresar mi sentir con respecto a esto, desde el criterio que para mis es muy importante. He descubierto que cada vez que una mujer mira su realidad puede descubrir a Dios, en sus luchas, en sus esperanzas, en sus relaciones. Y debo reconocer que esto es para mí hacer teología. Lo dice Ivonne Guevara, cuando hablamos de nuestras cosas, de lo que sentimos profundamente, las mujeres hacemos teología. A mí me impresionó mucho esto cuando lo descubrí porque es desde nuestros deseos más profundos descubrir a Dios y desde ahí hacer teología. En el fondo hablar de las convicciones profundas que nos habitan, de lo que creo y deseo es hablar de quehacer teológico, es hablar de la realidad de la Mujer, debo añadir de Mujer y religiosa.

Para mí uno de los descubrimientos más importantes que he vivido, es comprender como Jesús se relaciona con la mujer, la forma como la trata, especialmente frente a su visibilización. Impresiona el encuentro, por ejemplo con la mujer de origen sirofenicia (Mc. 7,24-30). A través de ella se deja interperlar y descubre la voluntad del Padre para Él. Jesús reconoce en la mujer su valía, la ubica al centro de la asamblea para sanarla, la invita a salir del gentío para hacer allí, en medio de todos, el milagro. (Mc. 5, 24-34)

Podría dar muchos otros ejemplos que ustedes también conocen.

Pero es bueno que miremos nuestra realidad como mujeres religiosas. En muchos momentos hemos dejado en manos de otros, de otras, nuestras vidas, nuestras decisiones, les hemos entregado el poder a otras personas. Basta mirar cuando hablamos en masculino, realizamos lecturas dirigidas a hombres, por ejemplo en el salterio, hay muchas palabras que podríamos cambiar, pero desaparecemos, y no parece que nos diéramos cuenta. Nos excluimos y somos excluidas. Nos parecemos mucho unas a otras. Podríamos decir que esto es bueno y nos da identidad, pero y ¿Dónde queda nuestra individualidad, nuestras particularidades, nuestras realidades más personales? Hablar así se mira como individualismo, exceso de libertad, palabras que a veces nos asustan, nos cuestionan, nos cuesta o nos da miedo expresar. Pero somos únicas e irrepetibles. Y ¿Cómo vivimos entonces esto en una forma de vida religiosa que nos iguala a todas?

Cuando tenemos éxito, o somos más capaces a nivel intelectual, o tenemos otras cualidades, le bajamos el perfil, decimos que eso no importa. A esto le llamamos sencillez, humildad. Nos cuesta hablar de lo que sabemos, sobre todo entre nosotras mismas, de lo que somos capaces, nos asusta, nos cuesta. Pero y ¿Qué dice Dios frente a esto? Es el primero en reconocernos, en visibilizarnos. ¿Qué hemos hecho a lo largo de estos siglos con esta herencia que nos dejó Jesús?

Y en este camino hemos cedido a otras personas, “con autoridad” que nosotras hemos entregado, para que hable y diga por nosotras. En esto podemos pensar en nuestra Iglesia, la queremos, nos cuesta y nos duele cuando no podemos participar como quisiéramos en ella, y nuevamente necesitamos hacer a un lado nuestras búsquedas, transar por un bien mayor decimos nosotras. Recuerdo que una teóloga en Roma me contaba que le habían dado un trabajo a un sacerdote y él no lo quiso, entonces ella lo aceptó, y decía: “Yo sé que no me lo dieron porque soy yo, lo sé, pero no importa porque por último ya llegué ahí”, pero igual importa, es penca, pero ella decía: “igual vamos ocupando espacios”...¿Dónde estamos? ¿Aparecemos?

Las mujeres no podemos desvincularnos de nuestros contextos, de nuestros cuerpos, de nuestras relaciones, de lo que generamos. Cuando hablamos somos corporalidad, nuestra lógica es diferente, a veces “no parece racional”, esta atravesada por las emociones, que según algunas personas no nos permite ver. Pero cuanto permiten descubrir la presencia de Dios.

Quizás esto explique nuestra dedicación a otras mujeres, a sus luchas, a sus decisiones de salir del anonimato. En realidad en esta lucha existe complicidad de género. Reconozcámoslo, son nuestras propias luchas, son nuestras propias búsquedas, son nuestras propias esperanzas; Es mi lucha, yo soy la que quiero hacer esto. E incluso me atrevería a decir, estas luchas son alentadas por Dios, que se asoma en esta realidad y nos invita a ponernos en camino, con otras, con nuestras comunidades, con nuestras hermanas. Este momento es privilegiado para decirnos a nosotras mismas, para mostrar nuestras preocupaciones, para poner palabra a lo que muchas veces hemos sentido, atrevámonos, y cuando digo esto, en realidad también me doy ánimo, darnos ánimos unas a otras pues se que no es fácil, que es un camino a veces muy en solitario, pero vale la pena.

El quehacer teológico de las mujeres en este contexto pasa por escuchar a Dios en nuestros corazones, en nuestras realidades, en nosotras y atrevernos a dar el paso a creer que nuestra experiencia es válida, tiene sentido, es también hacer Iglesia.

Ninoska Rojas González
Sierva de San José